

Antonio Gamoneda

AHORA MISMO

Había
vértigo y luz en las arterias del relámpago,
fuego, semillas y una germinación desesperada.

Yo desgarraba la imposibilidad,
oía silbar a la máquina del llanto y me perdía en la espesura vaginal. También
me adentraba en las urnas policiales. Así
olvidaba los ojos de mi madre.

Vivía.

Es un decir.

Vivía.

Ahora mismo, atiendo distraído a mi estertor. No hay en mí memoria ni olvido; única y
[simplemente lucidez:
han desaparecido los significados y nada estorba ya a la indiferencia.

Definitivamente,
[me he sentado

a esperar a la muerte
como quien espera noticias ya sabidas.

ALGUNAS DUDAS

Pretendo escuchar la música sistólica y su envoltura de llanto,
pero me disperso en la fugacidad de los rostros que se forman en la lluvia, rostros tan
[rápidos que no alcanzan a existir.
Por otra parte, yo apenas sé llorar y, en consecuencia, me pregunto: ¿es que alguien está
[llorando en mí?
Es igual. Yo quiero oír la música sistólica o, no sé, ver algo, ver al menos la última
[madera,
su ausencia de temblor ante los bordes del vértigo, ver
el tiempo en inmovilidad y después
advertir suavemente la desaparición.

Pero no.

Pensándolo bien, yo puedo estar equivocado: lo único comprensible es
la imposibilidad. Las palabras –ya lo he dicho– carecen de significado: la palabra
[“vivir”, por ejemplo, no significa aunque esté
frecuentemente ensangrentada.
No sé, no sé. Pensándolo aún mejor, la palabra “agonía”, ciertamente, significa. No
está clara, por tanto, la virtud lingüística.

No,

no está claro: agonizar sin causa ni deseo.

No

lo comprendo.

Es,

además, muy cruel ésta y cualquiera otra
comprensión.

Lo mejor sería,
efectivamente, no tener pensamiento, efectivamente,
descansar un poco en la falsedad, y después,
sin miedo ni esperanza,
cesar.

FIESTA

En el espacio abandonado por palomas cuyas alas temblaban entre cenizas cristales,
en las cámaras frías y en los frutos amargos, en su gravedad prendida
de las ramas inmóviles,
veo la geometría del relámpago, su virtud que ardía
en las murallas y en las amapolas.

Veo también crecer lenguas de luz.

Terminalmente,
florece el hierro, vienen las confidencias de los pájaros
a la máquina azul de la alegría.

Fiesta,
fiesta final.

Lagos de púrpura
pueblan el último jardín.

En nuestros ojos
resplandece un instante la agonía.

Fiesta,
fiesta final.

Ardía
en las murallas y las amapolas.

Fiesta.

(Carlos Piñel, en Zamora)

